

ramar vuestras misericordia sobre los miserables que vivimos en este valle de lágrimas. Hoy es el día de vuestro triunfo, augusta Madre de Dios, y es la ocasion más favorable de empeñaros en favor nuestro. Interceded, pues, por nosotros, ¡Virgen inmaculada! testigo sois de los escollos que nos rodean; defendednos, pues, de los enemigos de nuestra salvacion. Haced que os amemos y sirvamos en esta vida, para que muramos en la amistad y gracia de Dios y os acompañemos en la gloria.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Posuit diadema in capite ejus.
Púsole en la cabeza la corona real.
(Esth. XI, 17.)

Bellas son todas las fiestas que celebra la Iglesia durante el año en honor de María. Es hermoso considerar á la augusta Mujer, que aparece heroica vencedora de la enemistad de los abismos desde las primeras auras de su concepcion inmaculada, aplasta la cabeza y humilla la soberbia del príncipe infernal. Tambien es bello contemplarla niña aún, superior al sexo, á los usos, á la opinion de todo un pueblo, correr al Templo casta, pura é inmaculada, y allí ofrecer su virginidad á Dios en la inocencia del corazon, en la caridad de los afectos, y en el santo fervor de tiernisimos sentimientos. Es bello observarla en Nazareth conversando con un arcángel, humillarse en su grandeza, condescender á la obra que se le anuncia, y llegar á ser Madre del Altísimo.

Empero, si son bellas todas las fiestas que la Iglesia celebra durante el año á gloria de María, más bella debe llamarse la que se solemniza con públicos festejos en este día consagrado á su gloriosa Asuncion al Paraiso. Este es el día á que referimos todos los demás, y todas las otras fiestas deben considerarse como preparativos para la grandísima festividad de este día, puesto que la religion hoy nos presenta á María en las sendas de las altas regiones, donde el más límpido cielo toma el color de záfiro, en medio de una nube de flores, con mil espíritus al rededor prontos á cumplir sus indicaciones. En efecto; María, de estrella en estrella, de astro en astro y de esfera en esfera, sube aclamada primogénita en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y es coronada por el Dios de la natura-

leza, de la gracia y de la gloria: *Posuit diadema in capite ejus*. Para poder, pues, hablaros de esta fiesta en un día de tanto júbilo, procuraré sacar el argumento del presente discurso de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y mostrándoos las razones, por las cuales fué respetada por la naturaleza, honrada de la gracia y ensalzada en la gloria, y haciéndoos ver cuan espléndida es la corona que le ofrecieron, por ser voluntad divina, la naturaleza, la gracia y la gloria, habré probado, igualmente, que entre las fiestas que se celebran durante el año en obsequio de María, la más principal de todas ellas es la de la Asuncion. Saludémosla ántes con el ángel: A. M.

Pasa el tiempo y el hombre juntamente con él. El sepulcro contiene sus glaciales huesos; por elegante que quiera éste suponerse, trabajado de preciosos mármoles, embellecido con obras magistrales del arte, y decorado con sublimes epitafios, el sepulcro no deja de ser fétido por dentro, puesto que el cuerpo que encierra descendió á la lobrete de su seno sujeto á la corrupcion. Esta corrupcion no debe considerarse solamente segun las ideas humanas, ni mirarse como una mera consecuencia de la materia. Es necesario elevarse á más altos pensamientos, retroceder á aquellos tiempos, en que la virgen naturaleza ignoraba todavía en su hermosura que fuese el blanco de la muerte; y examinada la asechanza del dragon infernal, la culpa del hombre y la sentencia del Señor, decir con la doctrina del cristianismo, que lo que corrompe la carne es el germen del mal impreso en la misma, y por cuyo motivo se ha convertido en carne de pecado.—Tú eres polvo, y en castigo de tu culpa te convertirás en polvo—había dicho Dios al prevaricador Adán; y desde aquel instante la muerte, desplegando las alas á interminable vuelo, aplicó su guadaña sobre el hombre, y el hombre apareció ante el Universo marcada la frente con el sello de la corrupcion. Por consiguiente, en castigo de la culpa original, la corrupcion hiere al hombre de dos maneras, en las entrañas de la madre, y en el sepulcro; primeramente hiere al alma y la corrompe espiritualmente; hiere despues al cuerpo y convierte en lodo aquella podredumbre colorada.

Está claro, pues, que siendo la segunda corrupcion una consecuencia de la primera, no debe estar sujeto á ésta quien nació libre de aquélla, y María lo fué. Ella nació escogida como el sol, ya que ninguna nube apagó su esplendor; bella como la luna, porque ninguna tiniebla manchó su donosura; clara como la aurora, porque ninguna aura de viento mefítico empañó su candidez, y terrible como

ejército puesto en orden de batalla, pues debajo sus piés cayó la soberbia de los abismos. Libre del pestilente soplo de la serpiente infernal, pura de toda venenosa mancha de pecado, y resplandeciente con el candor de la inocencia, María no heredó nada de la funesta herencia de Adán. De este modo, habiendo Dios preservado de la culpa original á esta su Hija, que tantos siglos ántes profetizara la voz de los Patriarcas, no tuvo en sí el mal que envenena los mismos orígenes de nuestra vida, y convierte luego la carne en lodo y en polvo; y, por consiguiente, no teniendo en sí este mal, debía ser libre de la segunda corrupcion.

La naturaleza vió privilegiada de esta manera á su primogénita; y María, nacida al mundo sin culpa, no tuvo que sufrir sus consecuencias.

Es propio del hombre nacer con dos grandes deudas hácia Dios; la deuda de la culpa, y la de la pena. De estas dos grandes deudas contraídas por el género humano á causa de la transgresion de Adán, la primera, esto es, la de la culpa, es borrada con las saludables aguas del Bautismo; la segunda, ó sea la de la pena, aún despues del Bautismo, se agrava sobre los mortales. Ahora bien; la naturaleza, que nada descubría en María de lo relativo á la deuda del pecado, nada podía descubrir de la que mira á la deuda de la culpa con respecto al incentivo de la concupiscencia: la vió más bien sin contagio ni mancha en el alma y en el cuerpo; la vió sin la menor señal de toda inclinacion á obras de pecado; la vió tan santificada y tan colmada de bendiciones, que todo era puro en Ella, todo era inocente, todo era inmaculado. Así, pues, convenía que la naturaleza, no hallando á María corrompida por la culpa, ni encontrando en Ella las consecuencias de la culpa en la deuda de la pena, admirase anulada á favor suyo la sentencia que condena al cuerpo á la corrupcion; y permaneciendo sobre el sepulcro con la invencible guadaña caída espuntada á sus piés, suspendiese para con Ella el curso de sus leyes, no suspendido á favor de ninguna otra criatura.

¿Y cuántas veces la naturaleza no suspendió para María el curso de sus leyes? Lo suspendió al verla nacer de una mujer estéril, cuando encerrada todavía en el claustro maternal la consideraba en perfecto uso de razon; cuando concibió no por obra de varon; cuando la descubrió madre sin que hubiese dejado de ser virgen, estrechar con una mano á su Hijo y con la otra el lirio de su pureza. Lo suspendió á favor de la misma, cuando en la hora del parto la admiró libre de angustias y de dolores; cuando la observó dar á luz al Hijo

sin humillaciones ni debilidades; cuando la contempló sin la rebelion de los sentidos en los dias de su vida, y sin tristezas ni melancolias en la hora de la muerte. Lo suspendió cuando... Mas, en vano, hermanos mios, perderia yo el tiempo en esta enumeracion, pues, sabéis muy bien, que tratándose de María fueron continuamente suspendidas las leyes naturales. Así, pues, si para con esta Virgen preclarísima, milagro de la omnipotencia divina, fueron suspendidas las leyes más generales y más absolutas, del mismo modo debía suspenderse la ley hecha á consecuencia del pecado, la cual se refiere á la corrupcion del cuerpo. Y en verdad, que no era conveniente que bajase corruptible al sepulcro esta castísima enamorada, que dirigió siempre á Dios los afectos más tiernos de su corazon; esta blanca nube del día, que subida de las turbias olas del mar no contrajo su amargura; esta victoriosa arca de Noé, que se libró sola del naufragio en medio de las bramadoras olas; es decir, no convenia que la naturaleza tuviese sobre María los derechos que tiene sobre las demás criaturas.

No cabe duda que María murió tambien; pero no debe juzgarse su muerte con las funestas ideas propias de los descendientes de Adán. María murió por haber muerto su Hijo, que la quería en un todo semejante á Él, y para que fuese autenticada la verdadera naturaleza humana pasible y mortal, que su Hijo tomó de la misma. Sin embargo, Ella no murió de enfermedad, ni de ancianidad, ni de alteracion de humores, ni por las angustias de la agonía. Su muerte fué en perfecto gozo, en perfecta paz; murió por efecto de caridad y por mano de amor. En efecto; era tal la caridad del alma de María, era en Ella tan vivo el fuego del santo amor, que sin un milagro no podía resistir tantas llamas y dejar de morir. Así, pues, Dios, que la sostenia con su brazo, obrando un continuo prodigio para conservarla en vida, á fin de dar despues de la Ascension de Jesucristo al Cielo una guía, una maestra, una consejera á la naciente Iglesia; terminada la grande obra, la dejó en poder del amor; y María, toda sumergida en el voraz incendio de este amor poderosísimo, cerró los ojos á la tierra para abrirlos en los átrios del Paraiso.

Sucedió, pues, en cierto modo, que la misma muerte de María se sustrajo á las leyes naturales; sucedió que la naturaleza, allanada sobre el sepulcro de la preclarísima difunta, alegrándose como si hubiese vuelto á los primeros faustos dias de la creacion, adoró al Señor, que haciéndola incorruptible en el cuerpo, colocaba sobre su cabeza una singular y espléndida corona: *Posuit diadema in capite ejus.*

A la naturaleza sigue la gracia; y admirando en María á aquella que era toda llena de sus dones, la conduce al gozo de la Jerusalén inmortal. En verdad, no puede negarse, que María fué colmada de todas las gracias, ni puede tampoco negarse, que la gracia creció en Ella de dia en dia. Al anunciarle el arcángel la maternidad divina la llamó llena de gracia; y cuando recordó sus méritos, la celebró bendita entre las mujeres. Ahora decidme, hermanos mios; ¿qué premio recibió María de la gracia acá abajo? Yo no sabría hallarlo, aún considerándola en los mismos dias de su elevacion. La veo pobre en Belén, la encuentro prófuga en Egipto, la descubro necesitada en la Judea, la contemplo angustiada en el Calvario; y por más que me fatigue en examinarla, solo descubro en Ella profundos señales de afliccion. Afliccion y dolor cuando doncella, pues, quedó huérfana á los pocos años de edad; afliccion y dolor cuando es esposa, ya que José, viendo el efecto de su fecundidad ignorando la causa, es acongojado de mil tristes pensamientos; afliccion y dolor cuando es madre, puesto que se desencadenan contra su Hijo feroces perseguidores y le clavan en la cruz. Por consiguiente es necesario concluir, que, por más que María estuviese llena de gracia, y ésta se aumentase en Ella á cada instante, con todo, no recibió ningun premio de la gracia en todos los dias de su vida mortal. Por lo tanto, si no recibió ningun premio de la gracia, y no pudiendo la gracia dejar sin premio á las almas que la acogieron y la estimaron en mucho, debía recibir en el Cielo aquel premio que no recibió en el mundo. Y este galardón lo recibió en el dia de su gloriosa Asuncion en los Cielos.

En efecto; observad, hermanos mios, lo que aconteció en tal dia. En este dia Maria salió de la cautividad del mundo, no pudiendo estar sujeta á la esclavitud Aquella, por cuyo medio los prisioneros fueron desatados de sus cadenas, y volvió á la libertad de la gloria á los hijos de Dios; pues, como en su cuerpo mortal jamás reinaron las leyes del pecado, no pudo ménos de gozar en su carne virginal la misma libertad de espíritu que gozan los ángeles en sus espirituales sustancias. En este dia, el Arca sagrada y animada del Dios vivo reposó en el Templo del Señor; y elevada majestuosa sobre todas las mundanales regiones, subió á los tálamos de la bienaventuranza en la celestial Jerusalén, y sobre todos los ángeles y santos tomó posesion del Reino inmortal del Paraiso. En este dia, aquella que llevó en sus entrañas al Santo de los santos, salida del sepulcro, coronada de estrellas, más hermosa que la luna y más resplandeciente que el sol, llevada en alas del amor, se elevó hácia las sendas de las altas esferas,

en direccion á conseguir la merecida beatitud del alma y la merecida glorificacion del cuerpo.

¡Ah! ¿quién es capaz de decir cual fuese el triunfo de esta Asuncion? Recuerdo el triunfo de los capitanes Romanos, cuando sometidas en la guerra las provincias enemigas, montados en dorada carroza, formando un séquito los reyes vencidos, subían al Capitolio para ser coronados; pero veo que toda aquella pompa, todos aquellos aplausos, toda aquella fiesta se alejan como pálidas sombras al salir el espléndido astro del dia comparado con la pompa, con los aplausos y la fiesta de María. Recuerdo el triunfo de Judith, cuando despues de haber cortado la cabeza de Holofernes y levantado el pertinaz sitio de su país, entraba en Betulia en medio de las atronadoras voces del pueblo agradecido, aclamada como generosa libertadora; mas encuentro que Judith, aunque fuese el honor de su sexo y el decoro de Israel, en aquellas mismas bendiciones que la celebraban por todas partes, apénas era una remota y pálida imágen de María. Me viene á la memoria el triunfo del Arca de la alianza en su traslacion á la ciudad santa, cuando los sacerdotes revestidos de blancas túnicas bajaban los hombros á la sagrada carga de aquella preciosa prenda de alianza, los levitas la rodeaban en órden devoto, y David mismo la acompañaba vestido con el Efod cubierto de piedras preciosas; mas, tanto lustre y magnificencia tanta, es inmensamente inferior al lustre y á la magnificencia que celebraba María en su gloriosa traslacion de la mansion terrena á la celestial morada.

¡Ah! ¿quién es capaz de decir cual fué el triunfo de esta Asuncion? No faltaron quienes intentaron describirlo; pero, al fin, les cayó la pluma de la mano; otros procuraron fijar los ojos en su esplendor, y quedaron deslumbrados. Los mismos ángeles, viendo subir á María al Cielo, sumergida en eterno júbilo y embriagada de inefables delicias, investigan, sin poderla hallar, la causa de favores tan sublimes y singulares. Se maravillan de que de la esterilidad del desierto de este mundo salga un tesoro incomparable de méritos y de virtudes. Se maravillan de que una persona humana sea digna de honores tan inconcebibles, y que finita y limitada, encierra en sí lo que, en materia de dignidad, es ilimitado é infinito. Se maravillan de que Dios haga de una criatura la Reina de los Cielos, acompañándola Él mismo por las regiones del espacio, y guiándola con la propia mano al trono más elevado de su Alcázar. Por consiguiente, sobrecogidos de grandísimo estupor y mirándose los unos á los otros, preguntan:

¿Quién es esta que sube del desierto, rebosando de delicias y apoyada en su Amado (1)?

¡Ah! ¿quién podría decir cual fuese el triunfo de esta Asuncion? Para formarse de él una insignificante idea, hermanos míos, oid lo que piadosos varones y escritores doctísimos dijeron del faustísimo dia, en que la Virgen fué subida al Cielo. Oid á San Gerónimo, quien cree que las celestiales milicias, dispuestas en ordenadas hileras, salieron al encuentro de María para aclamarla Soberana y conducirla al sólio (2). Escuchad á san Pedro Damian, el cual piensa que la Asuncion de María fué más gloriosa que la misma Ascension de Jesucristo, porque al encuentro de Jesucristo salieron solamente los coros de los espíritus bienaventurados, miéntras que al encuentro de María, además de los coros angélicos, salió el mismo Jesucristo para recibir á su Madre (3). Prestad oídos al santo abad Guérico, quien en los momentos que María abandonó esta vida mortal, hace hablar á su divino Hijo: Vén, Amada mía, y en tí pondré mi trono; ninguna otra criatura me dió tanto como tú me diste en el estado de mi humanidad, y concederé á tí lo que no he concedido á nadie más en el imperio de mi divinidad; me vestiste de la sustancia de mi carne, y yo te vestí de la grandeza de mi gloria; tú me alimentaste con la leche de tu pecho virginal, y yo te alimentaré eternamente con la sustancia de mis esplendores; tú me diste un sér humano, mas yo te elevaré á un estado casi divino (4).

De esta suerte María, rodeada de los ángeles, bendecida por los Patriarcas, celebrada por los Profetas, y acompañada de Jesús, subió al Cielo. Yo creo que entónces el sol brillaría más de lo acostumbrado, y resplandecería por el ancho horizonte una luz de zafir. Mil querubines rodeaban á la augusta Madre de Dios, y otros la precedían derramando por el camino azucenas y rosas; otros la seguían sosteniendo la orla de su manto real. A su paso se inclinaba reverente el astro de la noche para ser escabel de aquel pié virginal; el astro del dia formaba como su manto, miéntras que las estrellas ceñían sus sienes como diadema. El noble coro de los bienaventurados, como repitiendo el cántico que entonára Asuero, cuando queriendo honrar á Mardoqueo, vestídole con el manto real, ceñida la frente de una corona esmaltada de piedras preciosas hizo que sentado en do-

(1) CANT. VIII, 5.

(2) S. HIERON. in epist. ad Paul. et Eustach. de Assumpt. B. V.

(3) S. PETRUS DAMIAN de As.

(4) G. Ab.

rada carroza recorriese las calles de la augusta metrópoli, decía: Así es honrada Aquella que Dios quiere honrar (1). Por eso la gracia, que no había glorificado á María durante los días de su vida mortal, en el día de la Asuncion, reuniendo á su alrededor todas las glorificaciones que la aguardaban, guiándola al Cielo, adoró al Señor, que, llamándola del sepulcro, colocó una segunda corona en las sienas de María: *Posuit diadema in capite ejus*.

Conducida María en brazos de la gracia hasta las sillas de la eterna morada, allí la gloria salió á recibirla. Lo que sucedería entónces, amados hermanos, tal vez pueda en alguna manera explicarse, pero no comprenderse. En efecto, es fácil decir, que la Virgen fué elevada sobre todas las criaturas, que Dios hizo por Ella todo cuanto pudo, que le comunicó su misma majestad, obligando á las potestades celestiales, terrenas é infernales á servirla, á obsequiarla, á venerarla; pero ¿podemos acaso comprender toda esta grandeza, toda esta magnificencia? Apénas me es posible, repasando los sagrados libros, presentaros una remota figura de cuanto aconteció en la régia morada del Señor á la entrada de María.

Un día Bethsabé se presentó á Salomon, quien al ver á su madre se puso en pié, salió á su encuentro, la hizo profunda reverencia, y quiso que se sentase en un trono igual al suyo colocado á su diestra (2). Otro tanto debemos creer le pasó á María. En verdad, entrada ya María en el Cielo, su divino Hijo la cubrió con manto real, le dió sus riquezas, compartióle su poder, la colocó en su mismo sólio, y como Salomon... Pero he dicho muy bien, que ésta apénas podía ser una remota figura de lo que aconteció en la morada del Señor cuando María entró en ella. El hijo de Bethsabé era un rey de la tierra, y el Hijo de María es el supremo Rey de la gloria; el reino del hijo de Bethsabé tenía sus confines en la Palestina, y el Reino del Hijo de María se extiende sobre toda la creacion; en el hijo de Bethsabé se veía siempre al hombre, y en el Hijo de María á Dios. De todas maneras, la solicitud de Salomon en honrar á su madre con la manifestacion de la ternura más filial, nos muestra cuanto debió de hacer Jesucristo por honrar á María, recompensar sus méritos y hacerla admirable sobre toda ponderacion en el Cielo y en la tierra. En el acto mismo de abrirse las puertas del Cielo y de entrar en él María en triunfo, Jesús le dijo: Vén, amada de mi Padre, el mundo no debía poseerte por más tiempo; vén á la bienaven-

(1) ESTHER, VI, 9,

(2) III REG. II 19.

turanza, recibiendo de manos de tu Hijo el galardón debido á tus méritos, el premio debido á tus virtudes. Y diciendo esto la coronó en medio de las aclamaciones de los santos, del júbilo de los ángeles, de señales de regocijo con que los coros celestiales saludaban á su nueva Reina.

¿Cuál fué, pues, la diadema con que fué coronada María en el día de su Asuncion? Los libros santos emplean precisamente la palabra *corona*, cuando hablan de aquella gloria que Dios concede á los escogidos. San Pablo, escribiendo á Timoteo, afirma, que le está preparada una corona de justicia (1); Santiago, en su epístola católica asegura, que los que aman á Dios recibirán una corona de vida (2); y de una corona de vida habla San Juan en el libro del Apocalipsis (3). Por consiguiente, esta corona no es la misma en todos los escogidos, porque no todos son llamados por Dios al mismo grado de gloria. Todos viven en el reino, observa el Crisóstomo, pero no todos gozan de todas las cosas que pertenecen al Reino (4); pues el mismo Jesucristo dijo, que en la casa de su Padre hay muchas moradas (5); y las muchas moradas indican, evidentemente, diversidad de méritos, y por lo tanto diversidad de gloria. Ahora, para ver cual sería la corona de María, se necesitaría ver ántes la mansion en que está aposentada, cual es el grado de gloria á que se encuentra elevada. Mas este conocimiento no es propio de nuestra débil percepcion, ni nos es dado subir á tanta altura. Para comprenderla de lejos, bástanos saber, que la gloria de María en el Cielo no es comun, que es superior á todas, y que no puede compararse con ninguna otra gloria; ó si quiere compararse con alguna, solo puede hacerse con la gloria de su divino Hijo. Por eso decía San Bernardino, que la gloria á la que en alma y cuerpo fué elevada la santísima Virgen, acrecentó el gozo de los comprensos (6); San Pedro Damian y San Buenaventura añadian, que la santísima Virgen fué elevada á tanta gloria que, en el Paraíso el gozo mayor, despues de haber visto la gloria de Dios, consiste en ver la gloria de María (7).

Hé aquí porque á los piés de María se postra toda la corte celestial, los varones ilustres de la antigua alianza, las célebres heroínas del

(1) II TIM. IV, 8.

(2) JACOB, I, 12.

(3) APOC. II, 10.

(4) S. JOAN CHRYS. HG. 41 IN EPIST. AD CORINT.

(5) JOAN. XIV, 2.

(6) S. BERNARD. SERM. DE ASUMPT.

(7) S. P. DAM. SERM. I. DE NAT. S. BONAV. AP. LIGOR.

pueblo de Israel, los héroes ilustres en santidad aparecidos en la luz de nuevos días, los Angeles, los Arcángeles, los Tronos, las Virtudes, las Potestades, las Dominaciones, los Principados, los Querubines y los Serafines. Ella está sentada en el trono de Dios, al lado de Dios, coronada Emperatriz de todo el Paraíso, y Dios la quiere inmensamente glorificada. No le basta hacerla aclamar soberana de los Angeles y de los Santos; quiere, además, ofrecerle el cetro con las propias manos; no se contenta con someter la naturaleza á sus indicaciones, quiere, igualmente, que se la someta la gracia; no se satisface en constituir la dispensadora de sus beneficios, quiere, por decirlo así, despojarse de su poder y derramar todas sus misericordias por manos de María. Así el Señor la hizo grande, así la rodeó de inmensa gloria, y ciñóle la frente con una tercera corona: *Posuit diadema in capite ejus.*

De ahora en adelante todo cuanto pida María, le será concedido. Solo Dios es superior á Ella; y á excepcion de Dios, todo está bajo sus piés. Subida al Reino, es su Reina, y Reina de tal imperio, que el Señor nada nos concede ni derrama sobre nosotros sus gracias sinó por medio de María. Reina de tanto poder, que, cuando Ella desea abiertas las fuentes de los divinos beneficios, no se presenta delante del Altísimo como mera suplicante, sinó con la seguridad de la respuesta.

Y nosotros, hermanos míos, ¿dónde podremos hallar una Reina más augusta y más amable, más grande y más piadosa, más poderosa y más pronta en socorrernos, asistirnos y ayudarnos? ¡Ah! dirijamos á Ella, llenos de confianza y de amor, nuestras miradas y nuestros corazones. Ella será el apoyo de los justos, el refugio de los pecadores, el aliento de los penitentes, y el consuelo de los atribulados; y nosotros veremos que su Reino es dulce, que su imperio es suave, y que, aún elevada á la mayor de las glorias, es siempre Madre. Vé ¡oh María! siéntate en el trono que te está preparado; vé, y elévate sobre todos los órdenes celestiales; vé á recibir los homenajes de los Angeles y de los Santos. Mas, elevada á tal altura, no te olvides de nosotros que gemimos en ese valle de lágrimas; llegada á lugar de seguridad y de reposo, piensa en nosotros, que vivimos en medio de los peligros. Vuelve tus ojos sobre los hijos que suspiran en este desierto, no ceses de defender nuestra causa, para que alcanzando del Señor el perdón de nuestras culpas, seamos un día llamados á gozarle en aquella Jerusalén donde fuiste coronada Reina en el día de tu gloriosa Asuncion.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quae est ista, quae progreditur, quasi aurora consurgens; pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que sube como una aurora naciente; que se levanta hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército bien ordenado?

(CANT. VI, 9.)

Así exclama el Sábio, haciendo hablar á los espíritus celestiales en el profético transporte de su admiracion: ¿Quién es esta, se preguntan atónitos al ver la gloria que rodea á María en el brillante y pomposo triunfo de su Asuncion; quién es esta, que deja la morada de los mortales ántes de la destruccion universal, y sube hasta el trono de Dios, adornada con tanta magnificencia? En efecto; ¡qué espectáculo tan asombroso! ¡qué transformacion tan admirable!

Hasta aquí, católicos, la Reina de las vírgenes, abismada en el centro de la oscuridad más profunda, ha ocultado á los hombres las estupendas maravillas que se han obrado en su persona; pero ha llegado el dichoso día en que las sombras que la rodean, han de ser enteramente disipadas: por fin, sale de en medio de las tinieblas, marcha con pompa y magnificencia, y el mundo va á ser testigo de su gloria. ¡Qué majestad! ¡qué grandeza! ¡qué rayos de luz vienen á coronarla! Sobre su frente se despliegan todas las gracias de una aurora naciente, presagio de las miradas de favor que va á derramar sobre toda la naturaleza. Su rostro centellea con un resplandor parecido al de los astros más brillantes, expresion natural de los grandes é ilustres ejemplos que ha dado; ejemplos que han sido, á un mismo